

locadas, pero que no compriman. Nos preocupará constantemente la circulación, la inervación; nos aseguraremos de que en ninguna parte están comprimidos los nervios, de que la cabeza, sobre todo, no está congestionada. He visto entrar en este establecimiento hombres á quienes se había sujetado de tal manera, que había resultado una parálisis de los brazos. He observado más de una vez gangrena en las manos, en los piés, en los desgraciados que habían estado sometidos á esa sujeción. Recuerdo el caso de una interesante y simpática jóven que durante muchos meses había estado atada en su cama, hasta el punto de quedar al descubierto los huesos del antebrazo; sobrevino en ella una atrofia de la mano derecha.

Insisto en estos detalles, porque tiene mucho interes conocer cuál debe ser vuestra conducta siempre que se trate de impedir los movimientos de un onanista, de un enfermo que delira, por ejemplo. Debeis evitar el abuso de ciertos medios coercitivos que, en mi concepto, sólo deben emplearse en circunstancias excepcionales.

LECCION TRIGÉSIMATERCERA

DEL TRATAMIENTO DE LAS ENAJENACIONES MENTALES QUE SE ANUNCIAN POR EL PREDOMINIO DE UN DESÓRDEN DE LAS IDEAS

PRIMERA PARTE

SEÑORES:

Voy á presentaros una serie de pacientes que pertenecen á la categoría de los enfermos que hemos llamado delirantes, y en los cuales reina una perturbacion más ó ménos notable en el dominio de las ideas.

Escuchad á muchos de ellos: pretenden que várias voces llegan á sus oídos. Uno se cree enviado del cielo; otro se convierte en presidente de una república, ó se cree unido por lazos de amor á la reina de España.

Por lo general, son pobres obreros completamente inofensivos; no hacen mal á persona alguna, y sólo hablan de sus ilusiones cuando se les pregunta.

¿Cuáles son los medios de que dispone el práctico para combatir los errores morbosos que, haciéndose crónicos y revistiendo el carácter de monodelirio, conducen á un pronóstico poco favorable?

Tal es la cuestion que vamos á examinar.

Aunque, en este género de afecciones, los recursos del arte son á menudo impotentes para obtener una curacion completa, sin embargo, es preciso decir que contribuyen á mejorar la situacion del enfermo.

Se pueden formular de la manera siguiente las indicaciones curativas del delirio de las ideas.

FÓRMULA GENERAL

- I. En la mayor parte de los casos, se necesita aislar al enfermo.
- II. Demostrarle la falsedad de sus concepciones; hablar á su inteligencia, á su razon, para hacerle comprender su delirio.
- III. Inventar algunas veces una influencia depresiva.
- IV. Invocar en su obsequio, y en cierta fase de su enfermedad, las distracciones y el trabajo corporal.
- V. Ensayar el empleo de los narcóticos.
- VI. Establecer revulsiones en el órgano cutáneo.

Las probabilidades de éxito se hallan subordinadas las más veces á la edad del sujeto y á las asociaciones morbosas, como os diré al tratar del pronóstico.

El delirio asociado á la melancolía, á la manía, cura con más ó ménos facilidad.

El delirio combinado con actos sonambuliformes es de una curación más difícil.

El delirio que acompaña á una demencia que es consecutiva á otra enajenación, lo mismo que el delirio que se asocia á la parálisis general, suele ser incurable.

MEDIDAS DE AISLAMIENTO

1. En cuanto á esos enajenados que se creen reyes, príncipes, que se consideran presidentes de una república, que oyen voces, que distinguen imágenes, ¿se les debe secuestrar en un establecimiento especial?

Bajo el punto de vista legal, cuando, aparte de estas aberraciones, el enfermo goza la mayor parte de sus facultades; cuando tiene bastante poder sobre sí mismo para gobernarse; cuando se conduce como una persona razonable y sus medios de existencia le permiten cuidarse, contestaré: No, no debe encerrarse á este hombre.

Por el contrario, bajo el punto de vista médico, no vacilaré en responder afirmativamente, porque es justo decir que sólo se puede

esperar el devolver la salud á tales enfermos cuando se encuentran colocados en un establecimiento especial.

2. El aislamiento desarrolla sentimientos afectuosos, hace nacer el deseo de la libertad, el de ver á los parientes y amigos. De este modo se fija la atención en ideas extrañas al delirio.

El aislamiento, así entendido, obra como una potencia revulsiva.

Ya lo he dicho: si un alucinado, un ilusionario, no sufre por el aislamiento de sus parientes, si no expresa el deseo de volverlos á ver, su enfermedad puede hacerse incurable. El disgusto que causa el aislamiento coloca á este hombre en condiciones favorables á su restablecimiento. Obligando á este delirante á ciertas formalidades, por ejemplo, que escriba cartas á su padre, madre ó hermanos, se excita este deseo, se hace más vivo, más imperioso, y se consigue insensiblemente neutralizar sus ideas morbosas. A un deseo poco intenso sucede un deseo completo; la segunda ó la tercera promesa va seguida de una ejecución; por último, el enfermo habla ó escribe á sus parientes.

Con dificultad se consigue llamar la atención del enfermo á fin de excitarle en un sentido conveniente y tal que las ideas relativas á su familia concluyan por dominarle y absorban, por decirlo así, sus concepciones delirantes. Me felicito siempre cuando, en tales casos, las primeras palabras del enfermo expresan los deseos que tiene de encontrarse entre los suyos.

Se provoca el disgusto. El enfermo que permanece entre enajenados, cuya presencia le es muy desagradable, no tarda en derramar lágrimas, en quejarse amargamente.

Ahora bien; esta impresión, que á menudo se puede obtener, constituye, como he dicho al hablar del tratamiento de la manía, un medio hipostenizante real, una presión, una depresión moral.

SECUNDAR LAS IDEAS DE LOS ENAJENADOS; PROCEDER CON ESTRATAGEMAS

Se ha creído, durante mucho tiempo, que debía acariciarse la imaginación de los enajenados no contrariándoles en nada. Esta es la opinión de todos los antiguos, y también el parecer vulgar, lo mismo que el de los hombres que no acostumbran tratar enajenados.

Se tiene cuidado de deferir á todas las voluntades del enfermo;

se le prodigan elogios y respetos: si es emperador, se le da ese título, se obedece á su majestad; si tiene un capricho raro, se le satisface. En una palabra, los que rodean al enfermo se inclinan ante sus caprichos; se le engaña continuamente, se le habla como si fuera un niño, con lo cual se nutre su mal, se duplica ó triplica la enfermedad, haciendo que eche profundas raíces.

Partiendo de esta opinion, algunas veces se ha recurrido á estratagemas muy variadas, á fin de curar las ideas delirantes.

1. Al que creía llevar un insecto en la frente, se le hacía una pequeña incision en este punto, cuyo medio — segun se dice — da buen resultado.

2. En su *Patología*, refiere Franck la historia de una señora que creía tener fuego en el cuerpo, y que se curó por un ardid que consistió en frotar con fósforo sus guantes y sus zapatos. No hace mucho tiempo fui llamado, en union de un distinguido compañero, para visitar á una enferma que imaginaba ver en todas partes llamas é incendios. Se encendió una hoguera en su habitacion, y las alucinaciones desaparecieron.

3. Nuestros antepasados recomendaban algunas veces el uso de ciertos evacuantes cuando el enfermo decía tener en el vientre ranas, serpientes ó anguilas, y á la vez tenían cuidado de colocar dichos animales en el orinal donde el enfermo depositaba sus heces. El Dr. Belhomme vió en el hospital de San Luis de París á un individuo que pretendía tener una serpiente en el vientre, y cuya curacion se obtuvo haciéndole creer que se había sacado este reptil practicando en las paredes abdominales una especie de sedal por el cual se hizo salir una culebra. Mas, por lo general, tales tentativas no suelen dar resultados. Por mi parte, no he visto nada que pueda hacerme admitir la posibilidad de curar al enajenado alimentando — digámoslo así — sus ideas delirantes. Las más veces sólo se consigue hacerle incurable.

Así lo ha hecho observar el Dr. Falret, diciendo que es un error tan grave como frecuente conformarse con las ideas de los enajenados.

4. Esquirol hizo firmar á una señora la promesa de renunciar á sus locas ideas si por un tiempo determinado no se realizaba nada de lo que sin cesar pronosticaba. Esta práctica la he seguido algunas veces, si no con éxito completo, al ménos con alguna ventaja.

5. (El Sr. Leuret dice, en sus *Indications à suivre dans le trai-*

tement moral de la folie, que á menudo oyó decir á su ilustre maestro Esquirol que, en presencia de un enajenado de la clase que nos ocupa, es menester que los médicos se entiendan bien para obrar en el mismo sentido, aunque por medios diferentes: uno tomará el papel de consolador, de amigo oficioso, no teniendo más que una autoridad limitada, sometiéndose, ó pareciendo que se somete, á una autoridad superior; el otro ejercerá la potencia suprema, sabiéndolo todo, juzgándolo todo y, algunas veces, riñendo á su compañero.)

MORALIZACIONES INTELLECTUALES

1. Los que no están acostumbrados á observar enfermos mentales creen que nada es más fácil que poderlos convencer de sus errores. Parece, en efecto, que no se necesitan grandes esfuerzos para hacer comprender á este presidente de la república que no es más que una persona imaginaria. Así, más de un práctico ha procurado combatir los falsos razonamientos de los enajenados por pruebas lógicas.

Indudablemente, no se consigue de este modo disuadir á dichos enfermos; no pueden esperarse buenos resultados por razonamientos sutiles, por silogismos. No podeis imaginaros cuán difícil es cambiar el orden de las ideas de un enajenado monodelirante. Nada más curioso que la poca atencion que presta á los discursos que se pronuncian delante de él; á menudo parece que no los oye, ó que su oído no los ha recogido; á vuestras palabras sólo responde con una sonrisa burlona.

2. Pinel no creía en la posibilidad de cambiar el orden de las ideas en los enajenados. Haslam y Hallaran han combatido á los que pretenden convencer á dichos enfermos de sus errores. Esquirol es de la misma opinion.

3. Tal fué tambien durante mucho tiempo mi modo de ver; pero en el dia se han modificado mis opiniones.

Es lo cierto, que no se cambian instantáneamente las ideas morbosas del enajenado; pero preciso es confesar que nada más perjudicial que admitir como reales las falsas concepciones que dominan á estos enfermos, cuando se les puede hacer escuchar el lenguaje de la verdad, con lo cual se consigue que la manifestacion sea ménos

intensa y hasta se destruya á la larga; cuando ménos, se consigue neutralizar el mal ó — y esto sucede muchas veces — disponer la moral del enfermo para sufrir la accion de otros modificadores.

Con este objeto no debe recurrirse á una argumentacion abstracta; conviene saber decir la verdad al enfermo y expresarla en términos y en tono convenientes.

(Hé aquí cómo se expresa el Dr. Crommelinck, en un informe sobre los hospicios de enajenados, al hablar de la Salpêtrière: «Dos principios fundamentales han sido puestos en práctica por el doctor Falret, lo mismo que por sus ilustrados compañeros de París. Se tiende á hacer comprender al enajenado que está enfermo y que su afeccion es un trastorno de la razon, una enajenacion.

El Dr. Mahir, *Ueber Irrenheilanstalten*, al hablar de la influencia que procura obtener en los enajenados el Dr. Falret, dice que este práctico obra, ante todo, de la manera siguiente:

- 1.º Se pregunta al enfermo su nombre.
- 2.º Se le dice: ¿Quién os ha traído aquí?
- 3.º ¿Sabéis por qué motivo estais aquí?
- 4.º ¿Conocéis el punto en donde os hallais?

Siempre que el enfermo se separa del buen camino, se le interrumpe para hacerle reconocer su error.»)

Algunas veces se han obtenido de este modo curas asombrosas. Encontraréis, entre otros, un caso citado por Macario, que curó en el establecimiento de Mareville á un demonomaniaco haciéndole leer el artículo *Demonomanía* de Esquirol.

4. En el día, pues, se comienza por convencer al enajenado, por explicarle los motivos de su permanencia en un manicomio, pues así lo aconseja la sábia práctica.

Si bien es cierto que no siempre se consigue romper la relacion viciosa de las ideas, no puede negarse, sin embargo, la ventaja que tiene el decir al paciente que está enfermo y añadir que no abandonará el establecimiento hasta que olvide sus errores.

Es esencial moralizarle todos los días en este sentido, hacerle comprender su situacion por explicaciones concisas, claras, que estén á su alcance.

Más de un convaleciente me ha asegurado que, escuchando estos discursos serios y convincentes, le parecía que despertaba de un sueño.

5. Voy á dirigirme en vuestra presencia á este enfermo que he

hecho traer aquí. El lenguaje que con él usaré es próximamente el que empleo todos los días.

—Estais enfermo.

—En vos sufre la cabeza, el espíritu.

—Os digo esto porque deseo que comprendais vuestra propia situacion.

—Vuestro mal os ha conducido aquí.

—No sois rico, sois un obrero.

—No sois un hombre opulento, como creéis.

—Estoy encargado de curaros.

—En interes de vuestra curacion os hablo francamente, como un médico debe hablar siempre á sus enfermos.

—Cuando os convenzais de que no sois rico, estaréis curado, ó no tardaréis en estarlo.

—Entónces saldréis de aquí; pero, si seguís obstinado, no abandonaréis el establecimiento.

Todo esto es una luz que se hace entrar por la inteligencia.

6. El enfermo adquiere algunas veces una potencia de argumentacion que confunde á los hombres hábiles; nada más asombroso que esta facilidad de controversia, que le da una superioridad marcada sobre todos los que le rodean.

El médico debe abstenerse en tal caso de buscar las luchas de espíritu; las más veces no haría más que perder. Su posicion, por lo demas, será más de una vez bastante difícil: ved, en efecto, lo que el enajenado llega á decir algunas veces: «Pretendeis, señor, que estoy enfermo de espíritu. Pues bien, curadme.» Se le dice: Tened paciencia.— Pero el enfermo responde: «Estoy aquí hace tres meses, hace medio año, y me encuentro lo mismo que el primer día. Con esto causais mi desgracia y la de mi familia. He hecho todo lo que me habeis mandado, y, sin embargo, permanezco encerrado aquí, sin esperanza de salir.»

Nada más expresivo que su lenguaje: «Quiero partir; ¿con qué derecho me reteneis aquí? Estaría mejor en mi casa; provocais mi ruina.»

7. Esta especie de moralizacion no conviene apénas á los melancólicos delirantes. No se les debe decir: «Estais triste, imaginais cosas que no son. Venís aquí para curaros y sólo partiréis cuando sepais daros cuenta de vuestra situacion.» Semejante lenguaje produce una funesta impresion á los melancólicos; sus facciones se al-

